

14



DOMINGO

El domingo cae a *plomo* sobre la siesta de la estancia. El galpón se evade por los mojinetes hacia el campo, traspasado de luz cuchillera. Así, abierto y agachado, parece defenderse de la fatiga circundante.

Buscando la breve cinta de sombra dibujada por el volado, pasa una gallina en procura de los tartagales y la tierra floja. Le pesan las alas desganadas, con las puntas casi a ras-tras. Vá clueca de un sol violento que le *enciende* vidas de fuego en el plumaje canela.

Lengua afuera, los perros están mansos y estaqueados. Baten las fauces húmedas contra las moscas pegajosas. Como dando coletazos escamados en la laguna lisa del galpón.

La estancia se algodona de sol, de ausencia y de modorra.

El negro María, de cara lustrosa por el calor, llega al galpón, metiendo las faldas de su camisa floreada en la pretina. Presiona levemente el cinto, redondo y atirillado por el uso, hatilla la punta sobre el arco que fraterniza con el vientre, y se tumba encima del cuero. Este está derrotado, también, por el calor y hunde la lana crespas en el piso de tierra. María carajea con un "siete-cueros" rebelde, que le pone en talón en el aire, como afirmado por un espeque doloroso, y lo obliga a pisar con los dedos.

--¿Te duele?... Otro día vaja mirá mejor ando mean los caba-yos...

La *concejada* conversación de los muchachos se av...



noso y vuelo de blancura virgen.

x x x



-Y vos, Bandera, ¿no tenés nada pa contar?...

El aludido es un negro descarnado, silencioso, sin edad. Es, verdaderamente, fuerte. Bracea sin desmedro de su machismo al ritmo de cualquier mensual. Pero se place en su soledad sin comparaciones y en su pantalón a media pierna.

Como ha estado en tres estancias del contorno, le ha resultado fácil reflorar su niñez en cada una.

Algunos de sus compañeros de ranchada tienen credenciales de hombre. Juan, una querida. El Chico, va y viene al Brasil, con trabandeando. Medardo, purga una muerte "derecha".

A Bandera le quitó vuelo aquel labio tajado y flotante. Un triángulo rosáceo descubre la flor blanca de los dientes apretados. El arco de la sonrisa esperanzada se quebró al medio y afiló su punta, señalando un norte enfriador. El bordesito arqueado y pulposo, vigilado por un bocito vacilante, tiembla brevemente al menor movimiento de la cabeza. Tiembla como si tuviera conciencia de su desamparada desnudez.

Un peón del pueblo había dicho en el galpón de "Los Paraísos":

--Pero la boca d'este negro es una bandera... Tiene colores y se mueve...

Le festejaron la ocurrencia brutal, y le hincaron el mote al negrito.

x x x